
SEGUNDA PARTE

I

*La tierra bajo el yugo del tercero
de los Césares*

En esos tiempos el mundo se hallaba sumergido en el terror.

Caifás era gran sacerdote, y era emperador Tiberio,

Herodes, rey de los judíos, gobernaba, pero sometido á Pilatos.

Roma era la nube en cuyo vientre el rayo estalla.

Jerusalem era el asno paciente que se guía á palos.

Los procónsules, sentados, ostentando la púrpura en sus vestidos, con la barba sobre el puño y teniendo al rey por satélite, reemplazaban sobre el pueblo israelita á los Faraones de mirada fija y misteriosa.

Algunos altares humeaban, mas eran de güebros que Roma toleraba, porque tenía dioses en demasía para creer con cólera. Tiempo fatal! César rey, todo lo demás esclavo. La conquista romana sumergía inmensa á los pueblos que había apresado uno después de otro; esta ola compacta aumentaba y de más en más invadía á la tierra en donde los pensadores decían: "¿qué es esto?"

Lúgubre fué esta inundación creada por Roma; el imperio parecía por doquiera como una marejada insalubre y aumentaba como un río que desbordado se esparce y desparra por en medio de las selvas y lentamente iba cambiando al universo en pantano.

Los doctores, teniendo sus libros santos por cima y por refugio, meditaban sobre este segundo diluvio.

Los sacerdotes, esclavos de sus textos, que ponían sobre todas las cosas, y los hombres en extravío y tumulto apercebidos en el

abismo, dejaban deslizar bajo ellos esas sombrías avalanchas; semejantes á las serpientes que rodean los troncos con sus anillos movibles.

Un pueblo ordenaba, el mundo obedecía, se inclinaba.

Los jaguares, los leones, los osos atrapados en el lazo; el tigre temido aun por su propia hembra, rugían bajo los pies de Roma confundidos con las naciones en la misma trampa.

Por doquiera, el servilismo hablaba en voz baja.

La única grandeza del alma era, ¡el qué me importa!

La fuerza era el derecho.

¿La conciencia? reptilidad bajo la pisada del poder; se miraba el altar y también el juramento á la cara y se perjuraba y el himno juuto con el escarnio reían y el alma humana era disminuida.

Lo honrado y lo nefasto, el mal y el bien, se borraban de los corazones.

El hombre no veía nada más que una negrura creciente encima de su cabeza.

Un resplandor rojizo de antorcha iluminaba la cima del Universo sobre la cual marchaban los conquistadores.

Los unos eran pequeños, los otros eran grandes; nada puro, santo, venerable y justo.

Del mismo modo que de Octavio hubiera podido nacer Augusto, del fango por doquiera surgía la autoridad.

El destino tenía el aspecto de un abismo irritado.

La sombra se cambiaba en odio en torno del alma; el oro olía bien; el sabio era quien censuraba la virtud, el deber, la fe, el sacrificio.

El más próximo á la verdad era quien mentía más.

La muerte reinaba, con los lictores por ministros.

El género humano pendía en dos harapos siniestros, como si Dios lo hubiera desgarrado con sus manos; los hombres de un lado, del otro los romanos.

II

HERODES Y CAIFAS

Bajo la garra desdeñosa de Roma fatigada, vivía la realeza de los judíos que legara Herodes Ascalonita á Herodes Antipás. Es-

te idiota mezclaba el asesinato á sus festines mirando á Herodiades danzar desnuda.

Había vuelto á dorar el águila que en la nube su padre esculpiera para el frontón del lugar santo, porque para lisonjear á César estos reyes insultaban á Dios.

Cerrada con muros, hubo la real madriguera, en donde sobre un lecho de púrpura y oro, su padre apellidado el grande, fué comido por gusanos.

Pavos reales discurrían por los jardines, siempre verdes, en cuyo fondo lucía el lago, llamado baño del Tetrarca, en cuyas aguas bogaban dulcemente barquillas de pescadores.

Como otro cualquiera tiene perros tendidos á sus pies, este rey tenía filósofos griegos, atletas y mimos, llevando á cuestras su fastidio, el peso sombrío de los crímenes. Con el dinero que adquiriera de un peaje impuesto á las caravanas de Ur, Ofir y Jessé había hecho murallas de ladrillo á sus palacios, por que desde tiempos remotos, los mercaderes del Africa venían desde las profundidades del desierto calcinado, trayendo dientes de elefantes, cenea, álcalis, pieles de búfalo, goma y púrpura verde para los procónsules de Roma.

Caifás, después de Simón, fué nombrado gran sacerdote; no era una alma inclinada á los misterios; no era uno de esos solitarios quienes para sondear el sentido resbaladizo y tenebroso de los profetas, luchando confusamente entre ellos, conservan encendida por noches enteras la lámpara al lado de sus lechos y quienes piensan, inclinados sobre estos libros hurafios en donde se oye el chasquear de las espadas del espíritu.

Demasiado pequeño para la tarea augusta que emprendiera Aaron, es decir montaña, tortuoso tenía al fraude por compañero.

Los ojos de Herodes eran sinceros al lado de los suyos.

Su miel era veneno.

Los jefes fariseos, Banaías, intendente de Efer; Juan el Ecónomo; Maces, á quien Pilatos había dado para administrarlos todo el país de Horeb y todo el Nephath de oro, venían á hablarle en voz baja, en el santo pasadizo.

Temía la pereza de la culebra fría; era lo que rastrea y de pronto se yergue; casto con las mujeres, temía al demonio que en sus voces se escucha, pero esas castidades hacen quemar á las sodomas.

Como sacerdote, era de esa especie de

hombres, que, si el Senado vota un auxilio para los pobres, dicen: "No; el Estado mismo está indigente," pero que encuentran útil y justo, que se abrume de deudas el tesoro siempre que se trate de construirle cualquier templo á Tiberio:

Caifás hubiera mostrado camino á las raposas; era un hombre sombrío y al mismo tiempo manejable; reía á través de la sombra de su pensamiento; pero se sentía uno cubierto de un sudor helado, delante de esta alegría cubierta con una mortaja.

Rosmofin de Joppé le ayudaba en los asuntos civiles.

—

III

EL QUE HA LLEGADO

—

Ahora bien, entonces la atención pública de aldeas y ciudades se ocupaba de alguien sorprendente, de un hombre radioso á quien seguían los angeles con la vista de sus milares de ojos.

Este hombre, á quien acompañaba el rumor creciente, parecía un dios descendiendo en la tierra; se hubiera dicho un pastor juntando sus rebaños.

Los publicanos, sentados en las oficinas de los impuestos, se ponían de pie cuando pasaba abandonando todo por seguirle. Este hombre parecía vivir fuera de este mundo y durante que la multitud, en torno de él se agitaba, parecía tener visiones que le enmudecían. Entraba á las ciudades, huía á las soledades, dejando como un rayo de luz en los ojos de las multitudes.

Los campesinos, al caer de la tarde, turbados con su resplandor, le veían á lo lejos pasar por entre los trigales y abriendo la mano que aumentaba inmensa y parecía arrojar á los vientos de la sombra una simiente.

Se contaba su vida; cómo había sido por una virgen dado á luz en el fondo de un establo, bajo los rayos de una estrella, en serena noche; cómo el asno y el buey—la ignorancia y el trabajo—pensativos estuvieron en su nacimiento y bajo el cielo se inclinaban teniendo el aspecto de esperar vagamente.

Se contaba, que su talento era profundo;

que era serio como aquel que funda algo, que enseñaba el alma á los sentidos y un fin á los perezosos; que censuraba á los grandes, á los sacerdotes y á todos los que marchaban rodeados de picas; que había curado á los hidrójicos, á los paralíticos que inmóviles por más de veinte años en sus lechos, al dejarlos llevaban á la espalda su cama; su mirada fija llamaba fuera de la tumba á las vírgenes; los ciegos y los sordos—oh! destino, tu sumerjes á los unos en la noche y á los otros en el silencio—le veían y oían; se allegaba al leproso, en su vil guarida, aislado con sus pústulas; sus dedos tenían las llaves invisibles de las llagas y las cerraba.

Los corazones vivían siguiéndole y marchaba sobre el agua sombría y amenazaba al viento.

Había expulsado á siete monstruos de una mujer.

El enfermo incurable y el pescador desvalido, le imploraban levantando las manos temblorosas; salían de su persona, virtudes que los salvaban.

Un hombre vivía entre los sepulcros, adusto, mordía, semejante al lobo de los bosques; á veces se le amarraba pero rom-

pia las ligaduras y huía, impulsado por un demonio, á los desiertos; el Maestro se allegó y besándole le dijo: "la paz contigo, hermano," y el hombre, en quien cien demonios parecían rugir, exclamó: "gloria á tí!" y repentinamente hablando en su juicio, sonrió; lo que llenó de espanto á los que por allí pasaban.

Este profeta honraba á las mujeres económicas; en Gessé habia resucitado á dos hombres, matados por un bandido llamado Barrabás.

Osaba en sus curaciones violar los *sábats*.

Volvia la vida á los nervios de una mano ya seca.

Y ese hombre igualaba á David y á Mardoqueo.

Un dia, este enderezador de los torsos que se doblan, viendo unos mercaderes en el dintel del templo, tomó un látigo; parecidos á las ratas que las águilas desentierran, todos estos mercaderes, enjambres inmundos, se aterrorizaron ante su faz purpúrea por celestes arreboles; severo echó por tierra las mesas de los cambiadores y el banquillo de los que vendian palomas.

Su ademán sobrehumano abría las catacumbas.

El árbol que él miraba cambiaba sus flores en frutos.

Un dia que los doctores instruidos en la ley santa le decian: en el cielo, hollado por el pie divino, ¿quién será el más grande? tomó un pequeño niño y lo puso en medio de ellos.

Tranquilo, obligaba á la turba de los espíritus del mal, á precipitarse en las inmundas bestias.

Este mago era más grande que Isaías y más que todos esos obscurecidos viejos venerables esparcidos en los reflejos de la vertiginosa y sombría profecía.

El hombre del desierto, Juan, al lado de este Mesias no era más que una caña sacudida por el viento.

No era docto, pero era sabio.

Conversaba con las cosas desconocidas, que ve en las nubes, el hombre dormido cuando sueña.

Luces venian á hablarle sobre los montes.

Lavaba los pecados como se lava la lama de los rios.

Libertaba al espíritu del fango carnal.

Satán huía delante del relámpago de su pupila.

Sus milagros eran, la expulsión del mal.

Calmaba los huracanes; harengaba al animal y á veces se veían nacer rosas á su paso, y su madre guardaba en su corazón todas estas cosas.

Los muertos, teniendo cuatro días de enterrados, se levantaban á su voz.

Para los famélicos, los panes multiplicados salían de sus manos puras.

Esto era lo que referían las multitudes.

Las exclamaciones, los murmullos del pueblo—niño que reclama un apoyo, rodeaban á este hombre, se le adoraba y él era de dulzura lleno.

Los discursos, los dichos que caían de sus labios eran semejantes á una mano celestial que os tocara, él decía:

Los últimos son los primeros.

El fin es el principio. No hagas á tu prójimo lo que no quieras que te hagan á tí. Se cosecha el duelo cuando se siembra la muerte. El que se arrepiente es grande dos veces. Por el bien se defiende uno del mal. Que el pozo sea profundo, pero que el agua esté clara.

El decía:

Mirad las cosas sin cólera, porque si el ojo es malo, el cuerpo es tenebroso.

La aurora pertenece á los gentiles, pero

también es para los hebreos. Comed el fruto de los bosques; bebed el agua de las fuentes; ni tengais zapatos, ni morrales, ni bolsillos, Entrad á las casas y decid: "la paz con todos!"

Nadie está exento del pliegue sublime de las rodillas, luego cualquiera que seais, orad, inclinad vuestras frentes.

Dios presente de noche no está ausente de las bestias: vive en los leones como en Daniel.

Errar, siendo humano, es venial caer. Absolved al pecador, condenando la falta. Se agrega al espíritu lo que á la carne se le quita.

Llevaba cuenta de todo, en los hechos accidentales.

Al pueblo que lapida decía palabras tales, que ninguno osaba tocar á la primera piedra.

Odiaba al odio y combatía á la guerra.

Al esclavo en venta, le decía: "se mi hermano," y tranquilo pasaba como un perdón viviente,

•Blanqueaba al siglo en torno de él, de manera que los justos.—cuyas almas no están muertas,—en esos tiempos sin piedad, sin pudor, sin amor, podían ver al desper-

tar, dos puntos en el día: la aurora en el cielo, en la tierra este hombre

Este sér, era demasiado puro para ser visto por Roma; por lo tanto los judios, en su templo obscurecido y su rey cobarde y triste, andaban cuitosos con su presencia.

Caifás, olvidándose en su silla de marfil, pensaba.

Herodes, ignorando lo que debía creer, llegaba hasta decir: "parece que existe un cierto Jesús de Nazareth."

Algunos hombres, de esos que no saben leer, pobres pastores, apoderados de no sé qué delirio y por el encanto de oírle hablar, le seguían, le amaban tanto como los hacía estremecer y mostrándolo al pueblo, decían: es el Maestro. Uno de ellos, viejo ya, parecía, al lado de este hombre nacer de nuevo, y el más joven, casi un niño, también á su lado, conservaba el aspecto de un abuelo, pensativo, gravemente deslumbrado.

Los unos, humildes, ofrecían sus corazones como urnas y estos hombres, semejantes á las lámparas de la noche, adorando un sol en una visión, iban delante de este Maestro absorto y le rodeaban como una aureola de almas.

IV

LAS TRECE PUERTAS DE JERUSALEM

Allá, en los pasados tiempos, Stelial, el angel de las cuatro alas de llamas, dijo un día al sombrío Zorobabel, cuando este albañil, portador de una escala del cielo, hubo rodeado á Sión con murallas muy fuertes.

¿Por qué has hecho á la ciudad trece puertas?—y Zorobabel dijo: la Nínive, de las anchas torres, tuvo tantos pórticos como el año tiene días, para que jamás el tiempo que del cielo viene, permaneciese afuera—Y bien, dijo Stelial el arcángel cubierto de ojos, el Zodiaco, teniendo doce signos en los cielos, doce puertas eran suficientes, mago imbécil, para que cada una de las estaciones entrara en la ciudad.—Angel, replicó el albañil magistrado, tengo hechas trece puertas á fin de que el porvenir entrase.

Todos los años pasarán por las primeras los doce meses llevando doce luces, puras, benditas, conduciendo de la mano á cada estación; por la decimatercera, la traición debe entrar.

V.

LA JUDEA

Innumerables chozas esparcen sus humaredas desde Arphac hasta Borceos en las seis Idumeas.

La Judea está siempre dorada y verde bajo el azul del cielo; tiene montes; tiene bosques y lagos; su aire es puro; el viento del Sur la agita y el viento del Este la calma; Roma aprecia sus vinos, al igual del aceite de palma; el de olivo corre abundante en sus aprensadores.

La sombra del Sinaí la cubre al caer de la tarde.

La Judea es un país en el cual de tiempo en tiempo pasa un resplandor de Dios que se pierde en el espacio.

Al ponerse el sol, es el Egipto, esa llanura de trigal, en donde las negras tumbas de que los pozos están llenos, contienen las momias que conservan pendiente del cuello el espejo de oro macizo para reflejar al enjambre de los espectros, de las lamias, de los estrigios y la paz terrible de los demonios.

Al medio día, los chacales, las ratas sal-

vajes y los ichneumones invaden al desierto. Al Norte la mar murmura.

En Judea se levanta la cosecha dos veces por año, la más pequeña siembra produce una carga de maíz.

Lo que va á pasar, lo que sucederá en ese país fatal, forma una nube oscura en el porvenir y turba el sueño de Abraham, enterrado en la doble caverna do aparece la brecha abrupta y el dintel derruido del campo de Efron, vecino al de las encinas de Mambré.

VI

Las palabras del Doctor de la Ley

Dos sacerdotes, con túnica de ortiga, velan, uno, á la entrada y el otro á la salida del templo que Salomón hizo construir por Oliab, con la madera del rey de Tiro.

A pocos pasos de los sacerdotes, que parecen acallar los mil ruidos que de la ciudad se levantan, está Sadoc, juez y doctor, quien delante del terrible lugar en donde brilla el arca de Dios vivo, severo habla al pueblo.

Está solo, sentado en su silla, y que entren ó salgan no se detiene y continúa

Viste el taled blanco de donde pende el zizith de cinco nudos.

El dogma sombrío llena su mirada vertiginosa. Algunos creyentes están á su lado; unos leen en sus libros en tanto que él habla; otros están tendidos á través de la puerta y pasan sobre ellos; un plato brilla á sus pies que recibe los donativos.

La turba es numerosa en torno del sacerdote, viejo coronado por un resplandor de ciencia.

Tranquilo y grave despliega sobre su frente lo que los siglos leerán uno después del otro, el texto santo escrito sobre el místico.

Enseña al pueblo la fé, el rito, la práctica; á veces agita los labios y cada vez que levanta un dedo hacia el firmamento, sobre cogidos, asombrados delante de la insondeable plegaria, todos juntos, estremeciéndose, dan tres pasos atrás, él les dice:

He aquí la ley; guarda silencio, Israel; pueblo, cree en Dios verdadero, distinto uno; personal, solo, único, increado, viendo siempre lo que hace el hombre.

Dios es el acreedor que desea toda la suma; es el celoso que quiere todo el corazón; es la mar, cuya ola rechazada por la tierra, se vuelve amarga.

Dios, si es rechazado por los hombres, se venga.

Pueblo, observad el día santo ó temed al ángel que se cierne sobre el impío y con un soplo lo derriba.

El más pobre tiene su lámpara, y en el *sabbat* debe encenderla, aunque mendigue el aceite.

Nuestros padres, ese día purificaban la ciudad; esos hombres, que vivieron á la sombra del palmero, fueron santos y siempre llamaban á Dios primero que cuanto existe; este respeto les hacía vivir seiscientos años.

El *sabbat* es el día en que las sombras de los condenados pueden volver á sus lechos iufernales.

Sepher mató á Phiné; Aod mató á Sepher; estos asesinatos no son nada al lado del dogma que se infringe y del *sabbat* que se desprecia.

Moisés en su tumba y Jacob y Job, tienen menos espanto, ¡oh judíos! de la sangre del hombre, que de la sangre de la ley,

La hiel es amarga; el membrillo es ácido, pues bien, judíos, la impiedad es la hiel

El homicida, pálido y seguido de niños que escupen tras él, marcha por la ciudad,

con sus cabellos largos; la mano derecha atada al cuello con una cadena, pero el impío tiene su espectro crucificado en la Gemonía; el hombre gravita sobre el primero, sobre el segundo Dios.

En estos días santos guardad silencio; no encendais fuego,

La salvación en el cielo, es en la tierra ejemplo,

Dios viene con la plegaria; entra en el templo tan pronto como la puerta se abre y siempre que sean diez los orantes; por lo tanto practicad la ley.

Temblad si os maldicen, el anatema entra en el cuerpo del maldito y le atraviesa.

Theglat fué rey de Egipto; Azer fué rey de Persia; Gad los maldijo, y desde entonces el infierno se apoderó de estos reyes, quienes veían si hablaban una llama mezclarse á su voz.

Cada texto es un índice señalando lo que debe seguirse; si no haceis lo que prescribe el libro, sereis tan desgraciados como aquél que en sueños viera caer sobre su cabeza las vigas de la techumbre.

Tres compañeros nos legaron nuestros antecesores.

Aorón, para enseñar, ha delegado cien sa-

cérdoles; once para gobernar y diez y nueve para juzgar.

El Sanhedrin los elige y él solo puede cambiarlos.

Que la mujer sea casta y muda, y que el hombre tenga en su caña todo el Deuteronomio, sino maldeciremos vuestras moradas y vuestra sangre.

El anatema que un santo arroja al paso, sobre el mal, es un rocío tan fatal y tan negro, que un perro maldecido una vez por Eliseo se le canceraron las orejas.

Mujeres, el hombre es el rey.

Temblad y meditad,

La mujer hila or eña á la vaca bate la manteca, vuelve la ampolleta cuando termina la hora, reprende al esclavo en los campos y al niño en sus juegos, vela y trabaja.

El hombre está pensativo delante de Dios.

Cuando esteis en el templo recitando el versículo acostumbrado, extended vuestras dos manos hacia la fogata.

El ángel del día asiste á vuestras comidas, huid tan pronto como veáis delante al ángel de la noche.

Estudiad la ley sin descanso, y que se lea en el texto que Esdras escribió, según Moisés.

Para formar un libro no empleis el lino, judios; cosed con nervios una piel fina de berrero, escribid temblorosos el *vervo* indecible y enrollad el pergamino en dos barras de érable.

Llevad trojes largos conforme á vuestro rango; tened el paño tegido con dos hilos diferentes; Jeohavá no es dos.

Huid de los hombres que son berrachos; no hagais secar yervas en vuestros libros; la yerva imprime un demonio en los pliegues del pergamino

No observeis nunca las líneas de la mano.

En el texto sagrado respetad las consonantes.

En el momento de la muerte llamad á diez personas; confesad los pecados hechos por vuestros sentidos y que los que se encuentren allí desgarren sus vestidos.

La muerte, aun la del justo, es una fiesta sombría.

A los muertos ponedles debajo de la cabeza un saco con tierra y rezando dad siete vueltas en torno de la fosa.

Temed al Occidente y temblad delante del Oriente, son los dos lugares de Dios; el cielo lo nombra, temedlo.

La muerte es la sombra; después de esta

vida, nada hay eterno para el hombre, ni puede retener nada de él cuando Dios rompe ese nudo.

Lo que se llama el alma es un aliento, celeste en los buenos, infernal en los malos, que permanece un momento por encima del cuerpo á la hora de la muerte, después palidece y se transforma en luz.

Dios solo nunca muere; por lo tanto el castigo puede asir á ese fantasma y latiguarlo largo tiempo bajo la tenebrosa cúpula y golpear su frente contra la techumbre de la noche.

Nada de lo que se ha hecho, ni se destruye ni se pierde; todo cuenta pesas justas, balanzas exactas.

En lo alto, con el dedo vuelto hacia todos vuestros actos, la plegaria Bathkol, la hija de la voz, está cerca de Eohim y le dice:

“Señor, ved”

Leed el Pentateuco cuando esteis en número de cinco y el Exodo cuando seais cuatro.

Sabed castigar; sabed vengar; sabed combatir.

Odiad á los perversos, y odiad, odiad á los que dudan de audacia y orgullo llenos, al incrédulo, al cobarde, al pusilánime, á aque-

llos para quienes el libro santo abierto es un abismo, aquellos que tiemblan delante de las celestes gradas y al borde de Dios se detienen espantados, aunque sean numerosos como un pueblo, y tengan ciudades y sembrados y mujeres; viejos, abuelos, virgenes, y niños recién nacidos, exterminadlo todo.

Moisés empezó por cavar una fosa para enterrar á la religión falsa y arrojó en ella, en confuso acinamiento, á los pueblos insurrectos, llenándola con pueblos y ciudades. Aun se distingue en esta sombra profunda enormes osamentas. cada una de las cuales fué un mundo.

Num saquea á Amalec; Joram devasta á Ammon; por doquiera. por do se veian el resplandor del dominio; do quiera, por do se tomaba un falso dios por norma Salomón acudia, con el ruido de una aguila en violento vuelo; pueblo, y es sangre lo que la tierra ha sudado bajo Anatias, Saul y Jasué.

Sabaoth bendecía á estos grandes implacables; sóbrios. puros, sin pensar en el día siguiente, llevaban al combate en las nocturnas arenas á soldados tan sencillos que bebían siempre agua en el hueco de sus manos y así lo hacían. El tabernáculo ha crecido en medio de la sangre. El antiguo levita

es grande tan solo por este hecho; que mataba á todos los que hallaba á su paso.

Macabeo tenía tanta luz que los pueblos decian: "su armadura es de oro;" Lisias, Seron, Gorgios y Nicanor huian delante de este hombre que lanzaba extraños gritos de guerra y á quien seguian, cabalgando en los vientos, cinco arcángeles.

Estos héroes han tenido á Jehová por esfuerzo; sus espadas abrieron en la tierra surcos; pueblo, hacen salir la vida de la muerte y gracias á sus lanzas enrojecidas, las abiertas bocas de los leones en furor. vienen á ser colmenares.

En torno á vosotros que esté el temor, en vosotros mismos tened el temor, es la ley.

Salomón fué un rey sublime, le gustaba reir al compás de los cantos, al madurar de las uvas. Un día se inclinó sobre las cosas oscuras y pálido reconoció que el principio de la sabiduría era un profundo temblor.

Pueblo! Jehová medita lugubrementemente sobre la raza de Adan, siempre maldita; sobre la sangre de Jacob, casi siempre castigada y Dios es el ceño contraído del Infinito.

Vivid con los ojos fijos sobre el terror del abismo.

Guerra al impío, es preciso, ó que se sufra

ó que se castigue; herid para salvaros; pensad en el castigo, pensad en el oceano de angustia y de tormento, pensad en este infierno y la inmensidad de las lágrimas:

Los enemigos de Dios podrán tener armas, podrán ser altivos y pederosos, podrán lanzar carros, tener cascos sobre la frente, ¡qué importa todo esto! si su alma está hecha de sombra.

Los festines, los palacios llenos de esplendor, la dicha, los placeres, el triunfo desvergonzado, son lugares de olvido, pero no de seguridad, sea, olvidad, que le importa al recuerdo supremo!

La venganza espera tranquila y la cólera siembra.

Reireis, tendreis sueños en los ojos, mas de pronto en lo más negro del cielo misterioso, que el hombre estremeciéndose verá por intervalos, se girá el ruido que hacen dos manos que se juntan con violencia; el arcángel porta-espada aparecerá. inmenso; entonces, sintiendo bajo sus pies derrumbarse Bel y Mithra, los malos temblarán como un buque que naufraga; todos reconocerán la inutilidad de los escudos de bronce y de los cascos de cuero, desearán ser bastante pequeños para huir por las hendidu-

ras de las puertas ó los agujeros de una criba; la grande espada, teniendo el movimiento ondulante de una llama terrible, y Dios dirá: ya es tarde!

Vivientes, temblad! porque Dios se desliza en los malditos como el incendio en los sembrados; aplastad con el espanto y con el odio al impío; levantad vuestra alma por los vicios abrigada y recitad antes de que el arcángel sobrevenga, el *shorrith* por la mañana y por la tarde el *nehila*; vengad á Dios por la espada y vivid en el temor.

Odiar lo que Dios odia, pueblo! es la ley santa, la ley de lo alto, conocida tan solo por los hijos de Levy".....

Un hombre en esos momentos, por doce hombres seguido; rubio, jóven y mirado por el sacerdote fijamente, le interrumpió y le dijo con el acento de un maestro.

Toda la ley de lo alto está en esta palabra: amar!

¡Pueblo, gritó el sacerdote, se acaba de blasfemar!